

aman, estas palabras quizá no tienen otro sentido; mas ¡cuántas veces significan: *es una tonta!*

El conocer este defecto, ¿no es ya querer trabajar para destruirlo?



## CAPÍTULO IX

### El amor á la verdad.

#### 32.—*Naturaleza y efectos del amor á la verdad.*

La verdad consiste en decir las cosas tales como las sabemos.

No siempre debemos decir todo lo que sabemos, porque sería imprudencia; pero nunca debemos *decir sino lo que sabemos.*

El amor á la verdad es una virtud que hace perdonar muchas faltas. Acusad con candor las que habéis cometido, y estad seguras que, si merecéis castigo, no encontrarán ningún reproche para humillaros.

Este es el medio infalible de corregirse; la niña que se obliga á decir sus faltas tan luego como las comete, muy pronto llegará á ser virtuosa. El confesar una falta es hacerse arrancar una espina que degradaba el carácter y que no podía arrancarse á sí misma.

El amor á la verdad atrae la confianza de todos: se vigila poco á una niña que se conoce; es bastante franca para contar todo lo que ha hecho, y que por esto mismo es bastante prudente para no cometer faltas voluntariamente.

No hay cosa más dulce y halagadora para una niña que este pensamiento: *siempre creen todo lo que digo.*

Finalmente, el amor á la verdad es una virtud fecunda; es de la naturaleza de esas flores que no pueden crecer solitarias y hacen germinar á su alrededor otros ramos odoríferos.

*El candor, la franqueza, la sencillez y la sinceridad*, brotan como los ramos de un solo tallo en torno del amor á la verdad.

Amables virtudes que tiene cada una su gracia particular, y que anhelo encontrar en las jóvenes.

33. — *El candor.*

El candor muestra al alma tal como es, sin ninguna desconfianza; parece que va diciendo á todo el mundo con una sonrisa: "Mirad cómo no hay nada malo en mí."

Supone una grande inocencia, y es el que da á la infancia ese dulce encanto que tanto atrae.

El candor es un don del cielo que desaparece ¡ay! demasiado pronto; no se encuentra en la adolescencia sino en algunas almas privilegiadas, guardadas por Dios de una manera muy especial, y que ordinariamente no son hechas para este mundo.

No hay cosa tan bella como esta virtud; derrama en la fisonomía los suaves resplandores de la inocencia, é inspira tanto respeto y estimación, que los más perversos se sienten dominados á su vista.

El candor se pierde insensiblemente por el comercio del mundo y el conocimiento del mal. Una joven puede dejar de ser cándida sin dejar de ser virtuosa; pero entonces aun su virtud tiene no sé qué de menos amable.

34.—*La franqueza.*

La franqueza es menos bella que el candor, aunque siempre sea un reflejo de la inocencia; y si la prudencia y el tino no la dirigen, puede causar graves perjuicios á los demás, y aun á la misma persona que se muestra franca.

La falta ordinaria de las personas francas es el *hablar demasia-*

*do.* Es cierto que en todo dicen la verdad, ó lo que creen serlo; mas no deben olvidar que no todas las verdades se deben decir siempre.

Estos versos, que muchas veces toman por excusa:

Por su nombre á las cosas llamarlas me  
[convino;  
Al pan le llamo pan, y al vino llamo vino,

son de una franqueza grosera.

Crean excusarse diciendo: *Yo soy franco, y siempre digo lo que pienso.* Pues tened cuidado, porque van á creer que estáis pensando siempre mal de todos y de todo.

Un hombre de talento ha escrito: "La franqueza sin la prudencia, es la virtud de los tontos." En efecto, sólo los tontos y los malos poseen esta franqueza, que en este caso es hermana de la indiscreción.

35.—*La sencillez.*

La sencillez deja escapar un pensamiento tal como ha sido concebido en el entendimiento y sin reflexión preliminar.

Hay palabras de niña deliciosas, cuando salen de una alma cándida, y, sobre todo, cuando han pasado por un corazón amante.

¡Oh, cuántas lágrimas han secado haciendo brotar una sonrisa!

Mas llega á hacerse insoportable la sencillez cuando es la expresión de la ligereza, de la ignorancia ó de la tontería. No hay cosa tan fastidiosa como las palabras sencillas de aquellos que tan justamente son llamados *niños terribles*.

¿Qué hacer cuando un niño se pone á decir en presencia de un visitador importuno: *Mamá, ¿no es éste el señor de quien decías te molestaba mucho que viniera todos los días?*

Sepamos hacer aprecio de nuestros maestros cuando nos reprenden, y no nos excusemos con estas palabras: *No lo hice con malicia*.

Una flecha lanzada sin intención, puede hacer profundas heridas.

Sepamos reflexionar también, y no permitamos á todos los pensamientos que nacen dentro de nosotros, el mostrarse por fuera, para lo cual debemos *hablar un poco menos*.

El pensamiento sencillo es siempre agradable cuando viene del corazón, porque es producido por la bondad.

Causa pena á los demás, ó nos hace avergonzar cuando viene del entendimiento; porque el entendimiento de una joven, cuando no ha sido seriamente habituado al trabajo, está lleno por la coquetería, el amor propio ó la ligereza. ¿Y qué pueden producir estos tres defectos?

Dos niñas bordaban una vez unas pantuflas que ambas iban á regalar á sus abuelos el primer día del año. Una de ellas, más sensible al fastidio que le causaba el trabajo que al gusto que experimentarí­a el buen anciano, tan amoroso, dice á su compañera: *¡Qué feliz eres tú, que tu abuelo no tiene más que una pierna!*

36. — *La sinceridad.*

La sinceridad hace no solamente que hablemos como pensamos, sino que nos impide hablar de otro modo de lo que pensamos; va derecha al fin; dice sencillamente *sí*, cuando debe decir *sí*; dice *no*, cuando debe decir *no*.

No hay cosa tan deliciosa como las relaciones que tenemos con una persona franca y sincera: una hora de conversación con ella, cuando á su corazón recto y leal junta una

inteligencia verdadera, causa sumo gozo en el espíritu y en el corazón.

Esas almas nos hacen hallar reposo; estamos muy contentos con ellas, sin temor de ser nunca engañados, y se comprenden bien estas palabras de un moralista: "La sinceridad es el indicio de un corazón honrado."

Amemos, pues, la verdad, y sepamos soportar las injusticias antes que traicionarla, pues tiene bastantes recursos para consolarnos.

En la segunda parte tendremos que hablar de *la discreción*, que completará lo que sólo hemos dicho aquí en general, y nos proporcionará el poder dar nuevos consejos prácticos.





## CAPÍTULO X

### De la mentira.

#### 37.— ¿Qué cosa es la mentira?

La mentira consiste en hablar lo contrario de lo que se piensa, con la intención de engañar.

No sé qué cosa tan extraña es esta inclinación á mentir, que se manifiesta luego que la razón aparece, y se perpetúa en todas las edades; amamos la verdad, la queremos para nosotros, tendemos á poseerla, y la ocultamos á los demás.

La mentira no se aprende, sino que se adivina. La turbación que siente el niño cuando dice la pri-

mera mentira, ¿será el soplo del demonio que pasa sobre su corazón?

#### 38.— ¿Cómo se manifiesta la mentira?

La mentira es al principio *titubeante y tímida*; en las primeras veces no sale de los labios sin colorar las mejillas de un rubor que traiciona. Es que la mentira sienta muy mal á los niños.

El hábito va haciendo desaparecer poco á poco ese rubor, y el corazón y la frente se cubren, por decirlo así, de esa callosidad grosera que se advierte en las manos del trabajador.

Al principio mentía el niño con *poca habilidad*; en seguida miente con *obstinación*; después con *una sagacidad exquisita*, y, finalmente, con la máscara de la *franqueza*.

Al fin llega á hacerse un hipócri-

ta; es decir, lo que hay de más horrible en el mundo, porque es lo que se asemeja más al demonio.

39.—*¿Cómo tiene lugar la mentira?*

Se miente *por el silencio*. Por ejemplo: aparecen cortadas las flores del jardín, acusan de ello á una compañera, y la verdadera culpable la deja castigar. ¿Véis cómo se ha endurecido ya el corazón? Dentro de algún tiempo se convertirá en acusador.

Se miente por *confesiones incompletas*; es decir, cuando se han cometido muchas faltas y se confiesa solo una, esperando de este modo hacer olvidar las demás.

Se miente por *una negación completa de la verdad*. Entonces ya es descaro y desvergüenza; pocos niños hay que lleguen á este grado de tanta bajeza.

Si véis una niña que con los labios apretados, con la mirada fija y la frente serena os dice con energía: *no fui yo*, habiéndola visto cometer una falta, á ésta podéis decirle: *retiráos*.

No tiene ya remedio; las caricias de su madre no llegarán ya á conmover su corazón.

40.—*Consecuencias de la mentira.*

La mentira hace siempre suponer otras faltas, y con frecuencia vicios, á los cuales sirve de escalón, dice un filósofo.

La mentira es la noche del corazón, y el mal se cometió en las tinieblas. Y si no, mirad: ¿quiénes son las que mienten? *Las golosas*, que han hurtado lo que halagaba su glotonería; *las curiosas*, que han sorprendido algún secreto; *las perezosas*, que no quieren confesar sus faltas.

Cuando se disfraza la verdad, siempre es, ó para ocultar una falta, ó para obtener una ventaja.

Por lo demás, quien dice una mentira no sabe el trabajo que emprende, pues necesita inventar otras mil para sostener la primera.

*41. — Efectos de la mentira.*

La mentira, que hace suponer el mal, atrae á él con tanta más fuerza cuanto más prometé y asegura la impunidad.

Al abrigo de la mentira las pasiones fermentan, y crecen, y, llegada la hora, se manifiestan en toda su fealdad: por ejemplo; ¿qué le importa á un mentiroso levantar una calumnia?

Y así, la niña conocida por mentirosa es detestada en todas partes; sus palabras, aun las más verdaderas, nunca son creídas, y si no se apresura á desarraigar de su alma

este vicio, es de temer que, una vez fuera del pensionado, ya no pueda persuadir á los demás que habla con sinceridad en ninguna ocasión.

El hábito de mentir hace una profunda herida á la reputación: y aunque esta herida puede curarse, siempre queda la cicatriz que se mira y afea.

¿Será menester resumir esta doctrina, apoyada solamente en la razón humana, con la doctrina de Jesucristo?

Escuchad, pues, este anatema: "Mentirosos, vosotros sois los hijos del diablo... La verdad no está en él; es mentiroso y el padre de la mentira.."

Tened cuidado, niñas, y corregíos; el pan de la mentira es dulce al hombre que le come, mas pronto llena su boca de amarga hiel.





## CAPÍTULO XI

### De la obediencia.

42. *¿Qué cosa es la obediencia, y cuál es su naturaleza?*

La obediencia consiste en *ejecutar prontamente y con agrado las órdenes que nos dan nuestros superiores.*

Llámanse superiores aquellos que son mayores nuestros por la edad, la experiencia, el mérito ó el lugar que ocupan.

La obediencia es una de las virtudes que pesan más, porque es un obstáculo atractivo que por instinto nos impulsa hacia lo que creemos un goce.

En la obediencia no vemos más que *un obstáculo que nos estorba*, en lugar de ver un ángel que nos pone al abrigo del mal.

No vemos en la obediencia, tan dulce en la primera edad, sino *un yugo que pesa sobre nosotros*, en lugar de ver un aprendizaje de la vida que nos fortifica poco á poco, y nos hace capaces de soportar más tarde el pesado fardo de penas que nos esperan.

Queremos sacudir la obediencia, y como nos vemos obligados á sufrirla, murmuramos suspirando por la hora en que nos veremos en libertad.

Procuremos reflexionar acerca de la necesidad de la obediencia á nuestra edad, y de los servicios que nos presta.

43.—*Necesidad de la obediencia.*

La obediencia nos es necesaria á causa de *nuestra debilidad*. Es bien poco lo que podemos; á cada instante del día sentimos la necesidad de una ayuda, de un consejo, de un apoyo. Pues obedecer es aceptar esta ayuda, este consejo y este apoyo, que nuestro amor propio no quisiera pedir, y que Dios nos ofrece bondadoso.

La obediencia nos es necesaria á causa de *nuestra ignorancia*. ¡Cuántas veces, engañados por las apariencias, vemos una felicidad verdadera en donde sólo hay decepciones ó peligros! ¿Quién nos detiene en el momento en que vamos á manchar nuestra alma ó á lastimar nuestro cuerpo? La obediencia: bien podemos conocer el número de nuestras desobediencias por el de nuestras caídas.

La obediencia nos es necesaria

á causa de *nuestras malas inclinaciones*. No hay que hacernos ilusión; tenemos dentro de nosotros instintos perversos, que tienden á hacer desaparecer nuestra amabilidad; la pereza, el egoísmo, la vanidad, lo conocemos; pero no tenemos ni los conocimientos necesarios, ni, sobre todo, la fuerza para dominarnos: por esto nos vemos obligados á dejar este penoso trabajo á las almas que se someten á él por afecto y por deber.

Pues bien: dejarse hacer amables, es obedecer.

Elevemos nuestros pensamientos: la niña obedece á su madre y á su maestra; la madre y la maestra, á quienes la niña juzga independientes, obedecen á una autoridad superior, y esta autoridad está sometida á Dios, que le ha trazado *sus deberes*, con orden de transmitirlos á vuestras maestras, así como vuestras maestras os los transmi-

ten á vosotras; de suerte que la obediencia es una cadena, cuyo primer anillo está en la mano de Dios, y desciende á la tierra, enlazando á todas las criaturas y remontándose otra vez á Dios, formando así una corona de gloria y de armonía.

El salir voluntariamente de ella es alejarse de Dios y perdernos de seguro.

44.—*El deber.*

La obediencia cambia de nombre más tarde, pero este nombre es más austero, así como la obediencia es más difícil: llámase *el deber*. No es ya la dulce voz de una maestra quien lo impone, compartiéndolo muchas veces con vos; no es ya una mano amiga la que arranca las dificultades. Preguntad á vuestras madres, y ellas os lo dirán mejor que todos los libros. Niñas, apren-

ded á obedecer, para que más tarde no tengáis que doblegaros bajo pruebas terribles. El corazón que está preparado, sabe más tarde soportar mejor la lucha.

El deber varía con cada edad, con cada estado y en cada posición; siempre es ese amo inflexible á quien no se puede desconocer sin exponerse al arrepentimiento, ni se puede descuidar sin entregarse al remordimiento.

La libertad es ciega; el deber la lleva por la mano; ¡desgraciado de aquel que rompe el lazo que las une!

45.—*Medios de hacer fácil la obediencia.*

La obediencia es siempre penosa, porque es menester sujetarse, y esto no nos agrada; pero la sujeción es la que da energía á la voluntad, fuerza á la inteligencia y amabilidad al carácter.

¿Qué sería de la mayor parte de los niños, si la obediencia no los obligase al trabajo, por ejemplo? Lo que es en un camino la planta inútil que el caminante huella al pasar, y que sólo ofrece puntas aceradas á la mano que la toca.

¿Qué sucede con una joven á quien la ha faltado una madre ó una maestra que le impongan su voluntad?

¡Ah! Hácese ignorante, susceptible, vanidosa; se desespera con las penas de la vida que no ha aprendido nunca á soportar; se revela contra lo que la contraría, y se hace fastidiosa á todos y á sí misma.

¿Queréis evitar este estado y aligerar el peso de la obediencia? Pues comenzad por amar á vuestras maestras; es una felicidad el depender de personas á quienes amamos.

Obligáos durante algún tiempo á cumplir *con perfección* lo que se

os manda. Pronto llegamos á hacer con gusto lo que amamos, y amamos todo lo que hacemos bien.

Decíais con frecuencia que todo deber debe seros querido, porque el deber viene de Dios.

“No me agrada nada el piano, antes me fastidia mucho, decía una niña de siete años que había comprendido ya la alegría celestial de la obediencia; cierto que no me gusta, pero siempre toco todos los días, porque el buen Dios así lo quiere; y entonces todas las notas que doy son notas de oro.”

46.—¿Qué cosa es la docilidad?

La obediencia supone *la docilidad*. Es ésta una dulce virtud que recibe con alegría los consejos que se le dan.

Es la señal de un buen espíritu, y de una de esas naturalezas hechas para ser amadas.

Una niña dócil encuentra la felicidad á cada paso que da en el camino de la vida; doblgando su voluntad á la de sus superiores, va caminando tranquila y confiada, segura de encontrar siempre un apoyo, un consuelo y una ayuda cerca de las personas á quienes manifiesta tanta confianza.

Nunca sabe decir *no* á sus maestras; y no es porque no le cueste sacrificio algunas veces; pero sólo experimenta un pequeño estremecimiento pasajero, mas nunca se levanta en su corazón un sentimiento de rebelión.

Cuando se sabe leer en las almas, se echa de ver en la de una niña dócil el sello de Jesucristo.



## CAPÍTULO XII

### La desobediencia.

#### 47.—*Naturaleza de la desobediencia.*

La desobediencia es la forma más ordinaria del orgullo. Es verdad que no nos es permitido juzgar al prójimo desfavorablemente; mas no obstante, si veis á una niña que se complace en desobedecer, podéis decir, sin temor de engañaros: esta niña es orgullosa.

En efecto, el desobedecer es no someterse: ¿y no es éste el carácter propio del orgullo?

La desobediencia reflexiva, que llega á hacerse un hábito, despoja